

LIBRO SEGUNDO

CAPÍTULO PRIMERO

¡Pobre loco!

En la hermosa, céntrica y concurrida calle de Vergara, que, como transversal arteria, cruza uno de los cuarteles más poblados y aristocráticos de la ciudad, hay una casa de huéspedes regida por una respetable señora y muy conocida de los forasteros, á quienes negocios ó placeres traen á esta capital.

Amplio y decorado zaguán, grande y bien iluminado patio, cómoda escalera y extensos corredores, en que se abren las distintas habitaciones, en dos pisos altos distribuidas, componen la planta de la casa. Habitan en ella muy distintas personas; en un departamento vive algún diputado, en otro un senador, en otro algún comerciante, en el de más allá algún pobre enfermo, que, para aliviar sus males, ha venido desde su tierra, en pos de celebridades médicas y de óptimas medicinas.

Unos huéspedes viven solos y otros con sus familias; muchos de ellos se reúnen en el comedor en las horas fijadas por inmemorial costumbre para restaurar las fuerzas desfallecidas, dando pasto al estómago y sustento al cuerpo.

Visitemos uno de los departamentos situados en el entresuelo. Penetremos en una antesalita larga y angosta, tapizada por una alfombra de San Ildefonso, de toscas labores y color rojo oscuro, en la cual antesala había un ajuar de bejuco; lleguemos sin anunciarnos á una salita cuadrada, con vista á la calle y con mejor alfombra y muebles que la pieza anterior.

Es una fría mañana del mes de Febrero; por las vidrieras, abiertas de par en par, entran los consoladores rayos del sol é imprimen en la alfombra dorado paralelogramo. Recostado en un sillón de enfermo, puesto de modo que dé el sol en los pies, está un personaje del más raro aspecto. Viste bien, un *cache-nez* de color azul claro, cubre su cuello, tiene echada sobre los hombros una capa española que casi le envuelve el cuerpo; pero no es su traje ni su postura lo que llaman la atención, sino el aire de profunda melancolía y de absoluta indiferencia que se le advierte en el rostro.

Representa cuarenta y cinco años; su barba, de ocho días de rasurada, se compone de pequeñas y erizadas puas, unas blancas y otras negras; el bigote encanece visiblemente, la tez es pálida, las facciones toscas, tiene descubierta la cabeza y despeinada la cabellera, en la que hay muchas canas.

Hace más de una hora que está en aquella postura, sin

hablar palabra, sin fijarse en objeto alguno ni interesarse por nada. Tiene los ojos inclinados hacia abajo, como si se mirase las rodillas, y muy caídos los párpados de arriba; tiene la cabeza apoyada en el respaldo del sillón, deja colgar pesadamente el brazo izquierdo y apoya la mano derecha en el muslo, moviendo maquinalmente el índice y el pulgar, como si cogiera pequeños objetos.

Le acompaña un hombre vestido de charro, alto, robusto, fornido y que revela tanta fiebre de acción como letal inmovilidad su compañero. Aquel charro, ya se sienta en el sofá, ya da vueltas por la salita, ya silba, ya canturrea, ya se asoma al balcón, ya saca del bolsillo del chaleco un gran reloj de plata y ve la hora, ya se fuma uno tras otro varios cigarros.

Después de muchas idas y venidas y otras demostraciones de impaciencia, se acercó á su compañero, clavó en él una mirada tierna y compasiva, le acarició, le arregló un poco la alborotada cabellera, y luego, rebulléndole suavemente, le dijo:

—Antonio, ¿qué tal te sientes?

El interpelado levantó pausadamente los párpados, como si le costara mucho trabajo hacerlo, dirigió á su acompañante la mirada sin expresión, gruñó palabras ininteligibles; á poco levantó con mucha lentitud la mano derecha, se la llevó á la sien, y, con el índice extendido y los demás dedos doblados, se la tocó, haciendo con la mano movimientos de tornillo.

—¿Qué tienes, hombre? Dí,—le dijo su compañero con más energía.

El enfermo, como si hiciera un esfuerzo enorme, arti-

culando las sílabas muy despacio, y en tono tan bajo y quedo que parecía un zumbido, dijo:

—¡Este agujero, este agujero, este agujero, este agujero...!

Al hablar así se atornillaba lentamente con la punta del índice la sien derecha.

—¡Pobrecito!— exclamó el otro,—y ese joven que no viene.

Y se asomó al balcón, apoyándose en la barandilla; exploró la anchurosa calle como si buscara á alguien, en su fisonomía se pintaba la sorpresa y curiosidad que, en los forasteros recién llegados, produce la capital. El charro contempló el vasto panorama que tenía delante de sus ojos, y que, hasta perderse de vista, se extendía á la derecha y á la izquierda; la interminable hilera de hermosas, anchas y bien alineadas calles atraía su mirada como imán irresistible; el forastero se divertía con el paso de los transeuntes, que en sus movimientos vivos, distintas fisonomías y variados trajes, y en el rumor apacible de sus voces, eran un reflejo de aquella dorada mañana y una nota del concierto matinal.

El desconocido, desde el balcón en que se apoyaba, veía á la izquierda el ángulo truncado que sirve de fachada á la Cámara de diputados; del mismo lado y más cerca, distinguía la amplia entrada de la calle de Santa Clara, recorrida por denso hormiguero humano y por pesados vagones, que, produciendo sordo estrépito, penetraban en ella con majestuosa celeridad. A la derecha, la anchurosa calle del Cinco de Mayo abría sus altas y apartadas aceras; más allá, el cruzar de rápidos coches

que corrían en opuestas direcciones, y el mayor número de transeuntes, indicaban las calles de San Francisco, y más lejos, hasta perderse de vista y confundirse con los vagos límites del horizonte, se extendían las calles del Coliseo, de las Damas y las que siguen.

Los rieles tendían por el suelo sus metálicas y paralelas cintas eclipsadas de vez en cuando por el acompasado rodar del vagón que cruzaba de norte á sur, proyectando en el suelo gris la convexa y blanca techumbre, y llenando el aire con el grave rumor de su rodante masa mezclado á las agudas notas de los cascabeles de las mulas.

Más de media hora llevaba el desconocido de admirar el animado espectáculo de la calle, cuando se oyeron tres golpes secos producidos por alguien que llamaba á las vidrieras.

El desconocido fué á abrir, é introdujo á Pacotillas; el joven estaba más flaco, más pálido, más melancólico y peor vestido que antes. Al ver al que le introducía se le animó el semblante, sus ojos brillaron y, abrazando al Charro, le dijo:

—¡Señor Rodríguez! ¡Cuánto siento haberle hecho esperar! Estuve malo anoche, ¿cómo va el enfermo?

—¡Ay, señor Téllez! Cada día peor el pobrecito, pase usted.

Pacotillas entró á la sala y sintió gran pena por la infelicísima situación del licenciado Rodríguez, su antiguo tutor, pues no era otro el taciturno personaje que en el sillón yacía.

Pacotillas se acercó al enfermo, clavó en él una mirada compasiva, y las más tristes reflexiones acudieron á su

mente. El ser inmóvil y estúpido que contemplaba era aquel licenciado tan activo, tan inteligente, tan platicador, tan amable; mil recuerdos amargos cruzaron por la imaginación del joven, y volvió á ver mentalmente el risueño y ya desvanecido panorama de la vida feliz que disfrutó bajo el techo de aquel, que era un pobre loco ahora.

— ¡Jesús, qué desgracia! — exclamó con la mayor pena, ¡quién lo creyera!

— ¡Ya ve usted, señor Téllez, cosas de este mundo! Bien dicen que nada somos ni valemos; pero siéntese usted, para que le entere bien de esa desgracia y usted me aconseje.

Sentáronse, Pacotillas ocupó un extremo del sofá, Rodríguez se sentó en el sillón contiguo, ofreció al joven un cigarro y él tomó otro, encendieron, y, después de dar las primeras fumadas, dijo el interlocutor de Paco:

— Sabría usted que hace tres años falleció la esposa de mi pobre hermano. A poco comenzamos á advertir en él muchas rarezas, pero no hicimos caso, porque nos parecieron efectos naturales del pesar que le afligía. Se volvió muy encerrado, muy callado, se desentendió de los negocios, y comenzó á hacer disparates; una vez dió un rancho por un caballo flaco, otra vez le regaló una casa á un embustero, que lo enterneció contándole no sé qué historia; hablaba solo, no hacía caso de sus hijos, y parecía haberles perdido el cariño. Pasó un año así, y en vez de consolarse y animarse se abatía más y se ponía más triste y cabizbajo y sin hablar palabra. Un día, á la hora de comer, estábamos todos sentados á la mesa, cuando

mi hermano rompió el silencio, y dijo con voz muy alterada:

— María, anda á ver qué quiere tu mamá, ¿no la oyes? está llamando.

— María, que, como usted sabe, es la mayor de las niñas, se quedó confusa con aquella salida, y clavó en mi hermano aquellos ojos tan lindos que tiene la muchacha. Es imposible pintar á usted la furia que se apoderó de mi hermano; se puso en pie, y, dirigiéndose á María, le dijo lleno de cólera:

— ¡Inobediente! ¡Malcriada! ¡En vez de obedecerme, me estás insultando!

— María estaba aterrada, yo sin chistar y todos aturridos; mi hermano, saliéndosele los ojos, y como fuera de sí, gritó:

— ¡Lengua de víbora, voy á ahorcarte!

— Y con horrible furor se arrojó sobre la niña, entonces todos nos levantamos y fuimos á quitársela. Se puso más furioso, tuvimos que forcejear con él, nos llenaba de injurias; otras veces decía, como si hablase con su mujer:

— Ya te oí, mi hijita, pero no me dejan ir éstos..., y nos decía mil picardías.

— Comprendimos que estaba fuera de sí, le llevamos por fuerza á la cama; vino el facultativo, dijo que era un ataque al cerebro, lo sangró, mandó que lo raparan, y le pusieran vejigas con hielo en la cabeza. En fin, para no cansar á usted, estuvo tres días con un delirio horrible, gritaba, aullaba, se quería golpear, quería matar á todos, rechinaba los dientes; fué necesario atarle, con los trabajos y el pesar que usted considerará; en ratos cantaba,

en ratos hablaba con su mujer, en ratos injuriaba á gentes que no estaban allí, pero él porfiaba que sí estaban y que le dirigían insultos y amenazas. En fin, á los tres días se calmó; pero no quedó bueno, estaba muy abatido, muy distraído, veía visiones, no quería hablar ni comer, decía que le querían envenenar, y hacía y decía muchísimos disparates.

Sus hijas procuraban consolarlo y distraerlo, pero nada lograban; se irritaba con ellas sin motivo; varias ocasiones le volvió á acometer el frenesí que conté á usted, y entonces vuelta á amarrarlo, vuelta á llamar al médico, vuelta á sangrarlo y á ponerle hielo en la cabeza.

El doctor nos dijo, por fin, que todo aquello era muy malo, y que mi hermano se estaba volviendo loco. Después de los arrebatos de furor se quedaba muy abatido, muy callado y sin pedir de comer. No hacía caso ninguno de su persona, y tenía muchas ideas muy raras; decía que le echaban porquerías ó veneno en los alimentos, después se le metió en la cabeza que le había nacido una víbora en las tripas, y por último, le dió porque le habían hecho un agujero en la sien, y esto fué tener todo el día la mano en la cabeza para que no se le salieran los sesos.

En fin, para no cansar á usted, los médicos declararon que estaba loco de remate, que debíamos traerlo acá, á ver si acaso se aliviaba, aunque sin dar muchas esperanzas. Yo me puse al frente de todos sus intereses, sus dos hijas y sus tres niños están con mi mujer, y yo, ya usted me ve, me lo traje á ver qué hacemos. No nos hemos de parar en gastos: lo de mi hermano, mal contado, pasa de cincuenta mil pesos; yo tengo más que él, y aunque él

no tuviera de qué echar mano, como es mi hermano mayor y me sirvió de padre, yo gastaría de lo mío y diera todo lo que tengo porque el pobrecito recobrara el juicio.

Pacotillas oyó conmovido la relación, hizo algunas preguntas más, se acercó al enfermo, lo examinó escrupulosamente, volvió á sentarse y dijo que estaba muy dispuesto á servir al señor Rodríguez en aquella calamidad; que sentía en el alma tan grande infortunio, pues también á él le había servido de padre el señor Rodríguez; que se podían hacer dos cosas: poner al pobre loco en San Hipólito, ó tomar una casa en alquiler en los alrededores de México, para instalar en ella al enfermo al cuidado de un buen médico, y con un practicante y dos enfermeros para que vigilaran y cuidaran al señor Rodríguez.

Fué aprobado el último arbitrio: le parecía duro á Rodríguez colocar á su hermano en un establecimiento público; creía que en el hospital la terrible enfermedad había de estar más condensada y ser más despótica, pues el establecimiento especial le parecía, en cierto modo, la sede de la sinrazón.

Convínose, pues, en que al día siguiente irían á consultar á un médico de fama, y se atendrían á su dictamen para poner en ejecución el proyecto, ya aprobado en lo general.

Don Joaquín Rodríguez se llamaba el compasivo, generoso y buen hermano del pobre loco. Era ocho años menor que él, se había dedicado á las labores del campo, mientras el licenciado cultivara la jurisprudencia; y, aunque este último supo sacar el más copioso jugo de la

ciencia de los Papiniano, y cosechar mucho en el campo de la cizaña de los demás, fué todavía más feliz el labrador, si hemos de medir la felicidad por el dinero que los hombres alcanzan.

Era dueño de tres haciendas de las mejores del Bajío, se había encargado de la familia é intereses de su hermano, como lo refirió á Pacotillas. La esposa de don Joaquín, tan buena como él, aprobó sus disposiciones, y los hijos del licenciado encontraron en ella quien, si no en su corazón y en sus recuerdos, reemplazase, á lo menos con atenciones y cuidados, á la madre que habían perdido.

El pobre loco pertenecía á la clase de los mansos é inofensivos, los furibundos accesos con que le empezó la vesania habían desaparecido. Era dócil como un niño, se dejaba guiar y conducir por su hermano, á quien profesaba la adhesión que al amo tiene el perro. Su locura era melancólica, con predominio de ideas hipocondríacas, y se manifestaba por la inmovilidad y el silencio.

Cuando Pacotillas se despidió, el cuerdo se acercó al loco, lo movió, diciéndole con voz imperiosa: — Levántate, vamos á dar una vuelta.

El otro alzó la cabeza con lentitud, abrió mucho los ojos, vió á su hermano con sorpresa; éste repitió la orden, el enfermo rebulló el cuerpo, como si hubiera despertado y se puso en pie; su hermano le embozó la capa, le puso el sombrero de copa, le dió el brazo y salieron.

Salvo la lentitud con que se movía, el loco andaba bien; parecía un sonámbulo, que ni ve, ni oye, ni se fija en nada; á veces llevaba maquinalmente la mano á la

sien, gruñía palabras ininteligibles, movía los labios como si hablara en secreto, ó hacía con las manos ademanes como si dialogara.

Detuviéronse un rato en la puerta del zaguán á esperar el tranvía, subieron á él. El sano sentó al enfermo en un rincón, con los cuidados y atenciones que una madre lo hubiera hecho con su hijito. El wagón echó á andar, los dos hermanos formaban el más raro contraste; el uno, con los sentidos abiertos á todas las impresiones, bebía con avidez la hermosa luz, y oía con deleite el conjunto de variados sonidos que henchía el aire; el otro, con el alma ausente, por decirlo así, ni distinguía la luz ni oía nada.

El wagón seguía su curso, deteniéndose á veces, para que entraran ó salieran pasajeros; aquel espectáculo divertía mucho al forastero: ya le llamaba la atención la señora devota, obesa, vestida de negro, que, con su libro de misa y su rosario, subía al wagón con prudentes movimientos, tomándolo al pasar por el Colegio de Niñas; ya le divertía la regocijada conversación de dos jovencitas, rubias, vivarachas, que, sentadas enfrente de él, charlaban sin descanso; las miradas del forastero se clavaban, ora en la apretada cintura de las pollitas, ora en la cara cubierta del polvo de arroz, ó en los ricitos de la frente, que se agitaban al compás de los vivos movimientos de las muchachas, y parecían saltar de gusto, al posarse en aquella urna de pensamientos retozones.

Otras veces se fijaba el payo en el viejo achacoso y reumático, que, con trémulas piernas, manos huesudas

y encorvado cuerpo, entraba con suma dificultad, después de haber detenido el wagón largos dos minutos; ó en la señora, que, de un salto, tiraba de la correa que hace sonar el timbre, y volvía á sentarse llena de temor, sin resolverse á salir hasta que se convencía de que el wagón estaba detenido de veras y la mula quieta.

No menos divertía á don Joaquín el pintoresco y animado aspecto de las calles, por donde el wagón iba pasando: las casas desfilaban delante de sus ojos, mostrando la amplia puerta de sus zaguanes y la hilera de balcones, sobre algunos de los cuales ondeaban cortinas de sol, las casas de comercio ostentaban enormes títulos y vistosos escaparates.

A medida que el tranvía adelantaba decaían las calles, como el hombre, que, al acercarse á la muerte, avanza por los fríos senderos de la vejez. Las casas se iban afeando, los zaguanes se estrechaban, y en lugar de conducir á patios amplios y enlosados, daban paso para otros, empedrados, de piso desigual y surcados por sucio caño. Las casas de comercio también iban decayendo, menudeaban los diminutos estanquillos, las policromas recauderías, y las carbonerías tétricas, oscuras y negras como la oquedad de un antro; en las esquinas enseñaban las pulquerías sus pinturas chillonas, sus rótulos altisonantes y su desarrapada y sucia clientela.

En varias puertas, mujeres desaseadas sazocaban diversos guisotes, cuyo picante olor hería el olfato, mientras que llegaba hasta los oídos el áspero chirrido de la manteca. Los transeuntes decaían como el pavimento, como las fachadas, como los zaguanes; ya no se veían

lagartijos almibarados, ni pollitas adornadas y melindrosas, ni acicaladas ancianas, ni extranjeras llenas de perifollos, ni señores graves, ni circulaban con rapidez lujosos coches, por hermosos caballos tirados. La plebe iba, poco á poco, tomando posesión de las calles; desvenecijados coches de sitio, tirados por escuálidos rocinantes, ó pesados carros, cargados de barriles de pulque, eran los vehículos que circulaban por ahí.

Llegó el wagón á la calle de don Toribio, donde se pudo contemplar lo que de animado y confuso, lo que de pintoresco y desagradable encierra un barrio de México. Allí vió don Joaquín harapientas mujeres, embriagándose en las pulquerías, ó mancillando las aceras con su desvergonzada fealdad; vió limpios estanquillos y frescas recauderías, y en una rinconada vió un mercado raquíptico, en el que se exhibían pálidas verduras y pobres frutas.

Pasó con su hermano al circuito sur, y atravesó calles tristes y desoladas, circunscritas por casas de ruín fachada; vió el ruinoso y descolorido muro del que fué convento de San Jerónimo, los miserables cuartos, en que se hacina la gente pobre, y en los que, encorvadas, muelen el maíz las incansables indias; luego, como vasto lago de tierra floja, se desarrolló la triste plaza de San Pablo, limitada al sur por la fea fachada del hospital; en seguida el wagón, después de recorrer con rapidez una gran curva, penetró en una grande hilera de calles, que se extendían hasta perderse de vista. Los hermanos se trasladaron al circuito oriente.

Se volvió á notar, pero ahora en sentido inverso, el

cambio de las fachadas que formaban las aceras: las casas crecían, su aspecto mejoraba, se ensanchan los zaguanes, y los transeuntes iban siendo de mejor traza. Como fantasmagórico cuadro, el gran mercado de la Merced mostró su vasto recinto, henchido de tupida y movediza muchedumbre; y un gran rumor de discordantes voces, procedente de aquel colmenar enorme, hirió los oídos. El wagón llegó á su término, frente á la oblicua fachada de la pesada iglesia de Loreto, después de atravesar la yerma plazuela del mismo nombre.

Nuevo cambiar de wagón, los hermanos pasaron al circuito norte, que corrió por largas, tristes y poco transitadas calles. En rápido desfile se vió cruzar el alto y rojizo muro de San Ildefonso, luego la plazuela de Santo Domingo, y el tranvía acabó su periódica revolución, deteniéndose delante del pórtico de la Cámara de diputados.

Para el loco no hubo tal paseo; su cuerpo, llevado por el wagón, pasó por calles diversas y opuestos barrios; pero su alma, asediada por ideas melancólicas, y acosada por tétricas y crueles visiones, no se hizo cargo del vistoso panorama que su hermano contempló.

No por ver las calles olvidó éste cumplir con el infeliz sus paternales cuidados: ya le arreglaba el embozo de la capa, ya le componía el sombrero, ya le llamaba la atención, mostrándole algo; pero esto último era en vano, pues no llegaban al alma de aquel desgraciado los sucesos del mundo, y, si acaso la pobrecita desplegaba sus encogadas alas, haríalo en yo no sé qué tenebrosas profundidades.

Don Joaquin dió por terminada la excursión. Dando el brazo á su hermano recorrió la calle del Factor, llegó á la de Vergara, y penetró en su habitación, donde volvieron á su terrible reposo el cuerpo inerte y el alma enajenada del pobre loco.

CAPÍTULO II

El parecer de un médico de fama

Pacotillas salió muy conmovido de la casa de huéspedes, sentía una aflicción profunda, le acosaban las más tristes reflexiones, y le abrumaba una tensión de espíritu tan fatigosa, que, para divagarse y esparcirse, se dirigió, poco menos absorto que el pobre loco, por las calles de San Francisco, rumbo á la Alameda.

El, que era tan dado á cavilar, cuánto no discurriría sobre el fecundo tema que le proporcionaba el triste espectáculo que acababa de presenciar. Nada somos, pensaba, bien está; cabe resignarse al aniquilamiento final, á la disolución del ser como remate de la evolución, á la muerte, en fin; pero ¿cómo conformarse con ser menos que nada, con morir sin perecer, con conservar el calor y las palpitations de la vida, y tener aterida el alma por el frío y el reposo de la muerte; con que se bañe el cuerpo en la luz del día, mientras está sumergido el espíritu en una noche interminable?

Por desatinados que estos conceptos fueran, créalos propios, tratándose de la locura. ¿Qué es la locura? seguía pensando, ¿qué es en sí misma, qué relaciones